

África: la crisis del estado poscolonial

Si alguna palabra tiene la capacidad de evocar por sí sola el clásico de Joseph Conrad *El corazón de las tinieblas*, es horror. "El horror" del que participa y que espanta al agente Kurtz, por desgracia nos vuelve a la cabeza a menudo relacionado con el continente africano. No es África el único Lugar que en nuestros días nos evoca el horror. Tampoco la novela de Conrad es en realidad sobre ese continente sino que, como todas las novelas de los grandes escritores de la era del imperialismo, Kipling es otro ejemplo, trata sobre Europa y los europeos, y los nativos sólo son el paisaje que proporciona el decorado para el drama. Sin embargo, al escuchar las noticias sobre Ruanda, como antes sobre Somalia o sobre Liberia, el horror es un sentimiento recurrente. Basil Davison, uno de los escritores que más ha hecho para dar a conocer la historia y presente del continente africano, cronista entusiasta de sus movimientos de liberación colonial, reconoce en un reciente artículo en la *London Review of Books* la dificultad, su dificultad, para explicar el porqué de la tragedia ruandesa —"todas las palabras útiles parecen haber sido agotadas"— y para adelantar vías de solución para un continente que "vaga ensangrentado y mísero".

Davison en ésta y otras obras recurre, como casi toda la literatura sobre África, a la historia en busca de respuestas. Recojamos la poderosa imagen de Braudel que nos habla de una larga duración

**FRANCISCO
JAVIER
PEÑAS**

«Desde el punto de vista de África, o de Asia o de América, la historia desde el siglo XV a nuestros días podría contemplarse como un largo proceso de occidentalización forzada.»



histórica, de una historia de tiempo medio y de una historia eventual, y apliquémosla al horror que vive hoy gran parte de África subsahariana. Creo que la historia eventual, la de la crónica de los medios de comunicación, sin la ayuda de los otros dos tiempos históricos, no es capaz de explicar nada o sólo de dar explicaciones triviales por su generalidad y etnocentrismo: un avión que transportaba a altos funcionarios de Ruanda y de Burundi derribado al aterrizar, un odio que se constata como histórico, pero cuya genealogía sólo se apunta, y una ausencia total de una cultura de convivencia política.

La "Occidentalización" de África. Desde el punto de vista de África, o de Asia o de América, la historia desde el siglo XV a nuestros días podría contemplarse como un largo proceso de occidentalización forzada. La expansión europea determinó, en gran medida, el destino de pueblos y territorios que no tuvieron posibilidad de seguir su propio curso histórico, cualquiera que éste hubiera podido ser, y fueron incluidos en el entramado de relaciones políticas, económicas y culturales que los aventureros europeos se encargaron de expandir. Sin embargo, la conquista de África no ocupa un papel central en la expansión europea hasta bien entrado el siglo XIX. Los historiadores señalan la importancia de tres elementos materiales, manifestación de la superior tecnología occidental y determinantes para la conquista del territorio africano: el fusil de retrocarga, el barco de vapor y la profilaxis contra la malaria. Merece la pena destacar dos rasgos de esta conquista que van a quedar como rasgos permanentes del papel del África en este mundo occidentalizado.

En primer lugar, el carácter puramente extractivo, depredador, de las relaciones económicas de Occidente con África. La historia de la inclusión de este continente en la economía-mundo está marcada por la exportación de materias primas: esclavos en un principio, marfil y cacao más tarde y finalmente minerales. En segundo lugar, que la conquista europea de África tiene más que ver con los conflictos en el sistema europeo de estados que con un designio consciente de apoderarse de su territorio y de su riqueza. La división de África entre las potencias europeas es el subproducto de la era dorada del equilibrio de poder en nuestro continente, de tal manera que el juego de alianzas y contraalianzas que proporcionó a Europa un siglo relativamente pacífico, de 1815 a 1914, tiene en la adquisición de colonias una de sus válvulas de escape: ejércitos desocupados que consiguen victorias fáciles, territorios que sirven como moneda de cambio en las negociaciones diplomáticas, soberanos y gobiernos que aumentan su prestigio y, como en el caso de Leopoldo de Bélgica, propietario único del llamado Estado libre del Congo, su fortuna, clavando la bandera tricolor o el Union Jack, en lugares lejanos y exóticos como Tumbuctú o Jartúm.

«Como sostiene Hobsbawm y Rager en su magnífico *The Invention of Tradition*: "las modernas tribus de África Central no son una supervivencia de un pasado precolonial sino creaciones coloniales por parte de administradores e intelectuales nativos [...]".»



Las riquezas, supuestas o reales, de los valles del Níger, del Congo o del Nilo, y el juego de poder de las potencias europeas determinaron que en pocos años los mapas de África pasasen de exhibir una inmensa mancha blanca en el centro del continente, a estar surcado por líneas, en muchos casos rectas que obvian accidentes naturales y por supuesto a las poblaciones nativas, que delimitan el reparto europeo y el futuro de los estados africanos que hoy conocemos.

Los historiadores nos advierten, sin embargo, que la inclusión de África en las redes europeas de coerción y producción no fue un proceso que los africanos vivieran de forma pasiva: las sociedades del continente afrontaron el impacto europeo alternando resistencia y colaboración según las circunstancias. Las necesidades de la dominación colonial llevaron a los administradores europeos a fijar tribus, establecer autoridades rígidas con las que tratar, a clasificar según parámetros europeos una realidad social que era fluida, cambiante y no fija territorialmente. Como sostienen Hobsbawm y Rager en su magnífico *The Invention of Tradition*: "las modernas tribus de África Central no son una supervivencia de un pasado precolonial sino creaciones coloniales por parte de administradores e intelectuales nativos [...] el proceso que observamos en el siglo XX de inmovilización de las poblaciones, de reforzamiento de la etnicidad y de mayor rigidez en la definición social fueron las consecuencias necesarias, aunque no planificadas, del cambio político y económico colonial, de la ruptura de las pautas tradicionales de comunicación y comercio, de la desposesión de la tierra y de la definición de las fronteras territoriales". Esta rigidez de las pertenencias tribales está hoy todavía presente en casos como el de Ruanda: en los años treinta las autoridades belgas realizaron un censo y a cada habitante de Ruanda se le dotó de un carnet de identidad donde se especificaba si era tutsi o hutu. A falta de criterios más firmes se utilizó la propiedad del ganado: aquellos con más de diez vacas fueron considerados tutsi y aquellos con menos hutus a perpetuidad. Los estados coloniales procedieron a una fijación estricta de las fronteras que habían sido trazadas sin tener en cuenta a las poblaciones; establecieron en cada territorio un orden político y una jerarquía encargadas de administrarlo, buscando la asimilación completa a la metrópoli, como en el caso francés, o respetando las jerarquías existentes para gobernar de forma indirecta, como en el caso británico; organizaron una administración necesariamente autoritaria y centralizada que luego heredarán los nuevos estados; desarrollaron la economía colonial y la protegieron mediante barreras arancelarias de toda influencia que no fuera la de la metrópoli; e impusieron la cultura europea no sólo en las relaciones con la administración colonial sino como marca y medio de comunicación entre los mismos africanos. La independencia no fue, en la mayoría de los casos, más que la conquista por parte de los partidos y movimientos anticoloniales de ese aparato establecido por las potencias europeas.

«La independencia no fue, en la mayoría de los casos, más que la conquista por parte de los partidos y movimientos anticoloniales de ese aparato establecido por las potencias europeas.»

La descolonización se realizó sobre la base de las antiguas fronteras coloniales. Como comentaba un alto funcionario de las Naciones Unidas, Sir Ivor Jennings, sobre los debates descolonizadores en 1956: "Aparentemente todo parecía muy razonable: dejar que el pueblo decida. En realidad, era ridículo porque el pueblo no podía decidir hasta que alguien decidiera quién era el pueblo". De esta manera, el ejercicio del derecho a la autodeterminación tuvo como protagonistas a los territorios y no a las poblaciones, lo que fue aceptado como una realidad inevitable por los nuevos dirigentes africanos: "Si buscáramos criterios de lengua, raza o religión para establecer nuestras fronteras no pocos estados de África serían borrados del mapa", comentaba un presidente africano en 1964.

La construcción nacional y el desarrollo económico se convirtieron en las banderas de los nuevos países africanos. La herencia del estado colonial, el prestigio conseguido por las élites políticas africanas en la lucha por la independencia, una coyuntura política internacional caracterizada por la pugna bipolar, y una economía internacional sedienta de materias primas, proporcionaron a los nuevos estados africanos lo que podríamos denominar una tregua histórica. Es esa tregua la que ha expirado.

El estado poscolonial. I. Wallerstein, que empezó su carrera de sociólogo e investigador estudiando los movimientos de liberación africanos, comentaba asilos retos a los que los nuevos estados se enfrentaban: "Todos los partidos revolucionarios, una vez en el poder, han descubierto que el control de la maquinaria del Estado aumenta de forma considerable su poder político, aunque menos, sin duda, de lo que ellos esperaban o habían pensado alcanzar. Esto significa que cada partido ha descubierto los límites de la soberanía del Estado, además del hecho de que todos los Estados, incluso los posrevolucionarios, siguen formando parte de un sistema interestatal que impone serias restricciones a la acción aislada de cualquiera de ellos, y de que también perciben la existencia de una economía mundial cuya vitalidad les obliga, cualquiera que sea su orientación ideológica, a adaptarse (al menos hasta cierto punto) a los inoportunos dictados de la ley del valor".

El sistema internacional, en estos últimos treinta años, ha tenido efectos contradictorios sobre las aspiraciones africanas de construcción nacional y de desarrollo económico.

El sistema de estados y sus instituciones —el derecho internacional, la ONU, etc.— ha proporcionado a los débiles estados unas fronteras reconocidas, una personalidad política que se manifestaba en el reconocimiento de su soberanía, independencia e igualdad con otros estados y cuya más clara materialización era la pertenencia a las Naciones Unidas. En algunos casos esta soberanía negativa —la reconocida a un estado por su pertenencia al sistema—

«La mayoría de los autores consideran que los conceptos de patrimonialismo o prebendalismo son los que mejor describen la realidad de los estados africanos de estas últimas décadas.»



contrastaba vivamente con la ausencia de una soberanía positiva; es decir, con la capacidad de controlar efectivamente el territorio, poseer una administración y tener el monopolio legítimo de la violencia.

La Guerra Fría, la división del mundo en bloques opuestos que ofrecían programas diferentes de enfrentarse a la modernidad, tuvo también su repercusión en los estados africanos. En primer lugar la misma existencia de un mundo liberal capitalista y un mundo socialista posibilitaba que los dirigentes africanos pudieran elegir entre la vía de la economía libre y la inclusión en el mercado mundial, o la del mercantilismo y la economía controlada por el estado como vía rápida, así se pensaba, de desarrollo económico. En segundo lugar, la elección de una u otra vía venía acompañada de un alineamiento político, cuya plasmación más simple era el voto a uno u otro bloque en la Asamblea General de Naciones Unidas, y que rendía inmediatos beneficios en forma de ayuda, sobre todo militar. Se establecía así una forma de clientelismo que a cambio de alineamiento proporcionaba protección frente a las amenazas internas y externas, y ayudas que convenientemente utilizadas garantizaban la estabilidad del estado. En tercer lugar, la Guerra Fría elevaba lo que eran conflictos puramente locales a problemas geopolíticos de vital importancia, lo que distorsionaba sus raíces locales y permitía que éstos se prolongaran indefinidamente. La mayoría de los autores consideran que los conceptos de patrimonialismo o prebendalismo son los que mejor describen la realidad de los estados africanos de estas últimas décadas. Ambos conceptos designan una realidad en la que el derecho a gobernar se encarna en una persona y no en una magistratura, y en la que estas posiciones en administración del estado son utilizadas para conseguir beneficios económicos de todo tipo para el dirigente y para sus redes de patronazgo. La autoridad se mantiene, no tanto gracias a concepciones ideológicas compartidas o al respeto a la ley, sino por medio de esas redes clientelistas que atraviesan toda la administración. Algunos autores como R. Theobald llegan a afirmar que "algunos de los nuevos estados, hablando con propiedad, no son estados en absoluto; más bien son los instrumentos privados de aquellos que tienen el poder suficiente para gobernar".

Las raíces de esta instrumentalización neopatrimonialista hay que buscarlas en el profundo estatismo de la política en África. Los líderes de la independencia heredaron estados y no naciones. Su objetivo político central fue el fortalecimiento de esos aparatos en un doble sentido: (1) impulsando un fortalecimiento y extensión de la maquinaria del estado para lograr un control efectivo del territorio y (2) a través de medidas encaminadas a lograr lo que se ha denominado construcción nacional, es decir, el proceso por el cual las poblaciones transfieren su compromiso y lealtad de las unidades más pequeñas —etnias, tribus, aldeas,...— al sistema político central. Los líderes de la independencia intentaron a través del estado lograr la estabilidad

«El historiador francés J.F. Bayart afirma que "los grupos dominantes que controlaban el poder en África subsahariana vivían a costa de su posición de intermediarios con el sistema mundial.»



política y el desarrollo económico, al mismo tiempo que consolidaban su control. En este proceso la estructura de ingresos del estado jugó un papel capital: los estados eran incapaces de establecer un sistema tributario pero controlaban los impuestos sobre las exportaciones, agrícolas y mineras, y la ayuda internacional. La ayuda militar de las potencias, muy abundante en los años sesenta y setenta, contribuyó a reforzar los aparatos de seguridad, reforzando así el proceso. El historiador francés J.F. Bayart afirma que "los grupos dominantes que controlaban el poder en África subsahariana vivían a costa de su posición de intermediarios con el sistema mundial". Esta apropiación del instrumento social central — el estado— se producía tanto en aquellos que afirmaban seguir una vía de libre mercado — Kenia, Liberia o Nigeria, por ejemplo—, como en aquellos que se autodenominaban socialistas o seguidores de la llamada tercera vía.

Por último, debemos constatar que el fin de la tregua histórica tiene asimismo mucho que ver con el modo y manera en que las economías africanas se inscribieron en el mercado mundial. Las expectativas de subida de precios de las materias primas en los años sesenta y setenta, la ayuda externa, la posibilidad de endeudarse internacionalmente, y los consejos del Banco Mundial llevaron a los nuevos estados africanos, en su búsqueda de un desarrollo económico rápido, a la inversión de los recursos de la ayuda y de los préstamos en megaproyectos de desarrollo, en infraestructuras y plantas industriales, a dar prioridad al desarrollo de sus recursos mineros y a la transformación de la agricultura de subsistencia, destinada a los mercados locales, en una agricultura de plantación destinada al mercado exterior.

Fin de la tregua histórica. En África se conoce la década de los ochenta como la década perdida. Esta mirada sobre el presente africano se empezó a generalizar en los últimos años de la década, cuando el fin de la Guerra Fría, el desvanecimiento de la pugna bipolar, era ya una realidad. Este cambio de etapa histórica, que fue precedida en los años setenta por un cambio en el modelo de acumulación de la economía mundial, subyace a la hoy patente crisis del estado en África.

La palabra clave para describir los rasgos internacionales de este proceso es marginalización. En el terreno de las relaciones políticas y militares internacionales el fin de la Guerra Fría ha supuesto la creciente marginalidad de África en las preocupaciones de seguridad de las grandes potencias. Cuando el mundo era un juego geoestratégico de suma cero, cualquier avance de un contendiente —un voto en Naciones Unidas, una ayuda militar, una simpatía política,...— era considerado como una pérdida para la otra superpotencia. En el mundo de nuestros días el derrumbe del estado

«En África se conoce la década de los ochenta como la década perdida. Esta mirada sobre el presente africano se empezó a generalizar en los últimos años de la década, cuando el fin de la Guerra Fría, el desvanecimiento de la pugna bipolar, era ya una realidad.»



en Somalia, o en Liberia, o en Ruanda, son marginales en las preocupaciones de seguridad del mundo desarrollado.

Las grandes potencias no están interesadas, si no es por razones humanitarias, en la existencia de estados fuertes, ni en la inviolabilidad de sus fronteras. La secesión de Eritrea hubiera sido impensable hace una década, lo mismo que la existencia de facto de la llamada República de Somaliland, desgajada de Somalia.

En segundo lugar, en la medida en que muchos estados africanos, tenían en sus fuerzas de seguridad la garantía de su existencia, ésta no puede por menos de debilitarse al dejar de fluir la ayuda militar exterior. En tercer y último lugar, la desaparición del corsé de la Guerra Fría tiene efectos contradictorios sobre los conflictos regionales: ciertamente las superpotencias no azuzarán y sostendrán las rebeliones frente a los gobiernos constituidos, pero al mismo tiempo, en conflictos como el de Angola, Mozambique, lo que los anglosajones conocen como efecto *spill-over* desaparece: no hay prácticamente ninguna posibilidad de que un conflicto local de ese orden dé origen a un enfrentamiento entre las grandes potencias. Desaparece así un cierto efecto moderador.

Otros dos rasgos de la nueva coyuntura mundial se sitúan en el terreno de las ideas. La derrota del bloque del Este ha sido también en gran medida lo que podríamos calificar de derrota filosófica, de quiebra y desaparición de un modelo alternativo de enfrentarse a la modernidad, de un modelo de construcción nacional y desarrollo económico. Su desaparición, el fin de los llamados socialismos africanos o vías no capitalistas de desarrollo, deja a los dirigentes del continente con muy poco margen de maniobra y sin más opción que entregarse de lleno a la lógica del mercado mundial.

El segundo rasgo se expresa en la idea de que con el fin de la era de los bloques "las democracias se miran a sí mismas" y en este mirarse a sí mismas examinan con la misma vara de medir a los regímenes políticos del Tercer Mundo: lo que antes se pasaba por alto —el mal gobierno— en función de imperativos estratégicos, hoy es un factor determinante en la concesión o no de ayudas, en las relaciones diplomáticas, etc... Muchos gobernantes africanos, como el presidente Moi de Kenia, se ven sorprendidos por la nueva preocupación de las embajadas norteamericanas por los derechos humanos y la limpieza electoral.

Marginalización también en las relaciones económicas. Hace unos años Andrei Koziriev, por entonces alto funcionario del ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS, escandalizó al mundo con un artículo en la revista de su ministerio donde sostenía que el problema de África y del Tercer Mundo no era el capitalismo sino su falta, señalando de esta forma el escaso peso del continente en la economía mundial. Los precios de las materias primas (89 por ciento de las exportaciones africanas, del cual el 53 por ciento corresponde a

«Muchos gobernantes africanos como el presidente Moi de Kenia, se ven sorprendidos por la nueva preocupación de las embajadas norteamericanas por los derechos humanos y la limpieza electoral.»



minerales y metales y 36 por ciento a productos agrícolas) no paran de bajar, conforme su papel en el nuevo modelo productivo basado en la tecnología y la información va disminuyendo. En el caso de la agricultura, a pesar de que las exportaciones habían crecido a un ritmo de un 2,5 por ciento anual, su valor unitario descendió en 23,2 por ciento y los ingresos 1,12 billones de dólares (cifras de 1989). Por su parte la inestabilidad, creciente, hace las veces de espantapájaros de la inversión extranjera. En palabras de J.F. Bayart el continente africano "está siendo borrado del mapa del capitalismo mundial".

La Venganza de las Sociedades. Los estados africanos sufren en esta coyuntura un efecto de pinza, fruto de esa marginalización. África es el único continente del mundo donde la pobreza aumente de forma generalizada. La marginalización política y económica hace disminuir los ingresos de los estados y la capacidad de éstos de hacer circular esa escasa riqueza en las redes clientelistas. Los beneficios disminuyen y el número de gente que participa de ellos también. Por su parte, los donantes y las organizaciones económicas internacionales se muestran cada vez más exigentes sobre el buen uso de la ayuda. Los estados africanos están cogidos entre dos fuegos y el resultado es lo que J.F. Bayart llama la venganza de las sociedades africanas.

Las políticas de ayuda de los donantes occidentales y de las instituciones económicas internacionales están condicionadas ahora al "buen gobierno y eficacia en la gestión" (governance y performance) de los países receptores. El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional después de casi una década promocionando programas de ajuste estructural —disminución del gasto público, desaparición de subsidios, desmantelamiento del sector estatal, apertura de mercados, etc... —se vieron obligados a finales de los ochenta a cambiar el rumbo de sus propuestas. El Banco Mundial en un documento titulado África Subsahariana: de la crisis al desarrollo sostenido reconocía la importancia de los factores estatales y políticos en un buen funcionamiento de la economía: vinculaba el desarrollo sostenido a la fórmula governance and performance, es decir al gobierno democrático y eficaz que daría lugar, o estaría entrelazado, con el surgimiento o potenciación del mercado. De la misma manera cada vez aparecen más noticias en la prensa constatando cómo los gobiernos de países democráticos y desarrollados condicionan la ayuda a un buen curriculum en lo que respecta a los derechos humanos, a la celebración de elecciones democráticas, al establecimiento de mercados libres. Hay acuerdo occidental en la definición que de su política hizo el presidente Clinton "enlargement of the world's community of freemarket democracies" (ensanchar la comunidad mundial de las democracias de libre mercado).

«Los estados africanos sufren en esta coyuntura un efecto de pinza, fruto de esa marginalización. África es el único continente del mundo donde la pobreza aumente de forma generalizada.»



Por su parte, las sociedades africanas después de pasar años agazapadas resistiendo los embates del estado están tomando su venganza. En el terreno de la producción y la distribución de bienes, hace años que la economía informal es más importante para las sociedades que la economía formal, privando al estado de cuantiosos beneficios. Lo que observamos en estos últimos años es que los regímenes de algunos estados están bajo ataque de movimientos democráticos y en otros casos el estado simplemente se derrumba al carecer de base de sustentación. Algunos países, como Zambia, vieron cómo sus padres fundadores —Kenneth Kaunda— eran derrotados en unas elecciones. En otros casos, como el Zaire de Mobutu Sese Seko, la Conferencia Democrática que agrupaba a la oposición se vio trabada por un presidente apoyado por una reducida camarilla. En Kenia, Arap Moi se vio obligado por el efecto pinza, a convocar elecciones que no pasaron de formales, por la división de la oposición y la manipulación del gobierno. Sudáfrica, por supuesto, en un caso aparte que aquí no hemos tratado.

Pero lo que más llama la atención a los observadores internacionales es lo que se reconoce como renovado tribalismo. Cada país africano tiene su propia historia, su particular relación entre estado y sociedad. No puede explicarse Ruanda con los parámetros de Somalia, ni Liberia por los de Nigeria. Sin embargo, Basil Davison detecta, no tanto un refloreamiento de los lazos étnicos sino su conversión activa en "defensive kinship solidarities" (solidaridades de parentesco defensivas). La quiebra del estado y el estallido beligerante de esas solidaridades necesita de braudelianas historias eventuales, caso por caso, para dar cuenta de los detonantes del estallido.

Quedan para otra ocasión dos interrogantes de distinto corte. El primero afecta a los estudiosos y se pregunta si el problema del mal gobierno y la pobreza es un problema de escasez de tiempo histórico o de que han errado el camino embarcándose por las sendas que les impuso la colonización. El segundo afecta a todos y cada uno de nosotros y es fácil de formular y difícil de contestar satisfactoriamente: ¿y nosotros qué podemos hacer?